

Fragmentos de vocación

Claudia Guillén

Desde siempre los seres humanos hemos tenido la curiosidad de hurgar en los pensamientos ajenos. Si somos además lectores, o aficionados al arte, tratar de internarnos en la mente de músicos, dramaturgos, poetas y otros artistas refleja nuestra inquietud de encontrar la receta mágica que los llevó a crear sus obras, esas piezas únicas que, en conjunto, conforman el legado artístico y cultural de la humanidad. En el caso específico de la literatura existe un buen número de biografías, autobiografías, recopilaciones de correspondencia y ensayos sobre la escritura que podría saciar al menos en parte nuestra curiosidad, en los que encontramos las voces de los creadores y de quienes los entrevistan —por poner un ejemplo, el libro *El oficio de escritor*, publicado en México por Ediciones Era, reúne varias entrevistas con algunos de los principales autores del siglo xx. Sin embargo, no recuerdo haber leído un libro constituido por la mirada de un lector que funge como eje de esos pequeños pasajes biográficos, donde los escritores hablan de sus preocupaciones vitales y literarias.

Gajes del oficio. La pasión de escribir, de Delia Juárez G., es un registro de cincuenta y seis testimonios de narradores, poetas, ensayistas y dramaturgos que han llenado el mundo de las letras. La editora, como lectora apasionada, llevó a cabo la tarea de subrayar en cartas, apuntes, ensayos y diarios los párrafos que le parecieron emblemáticos para mostrar el perfil de cada uno de estos escritores y entregarnos una selección condensada, sintética, del pensamiento de cada uno de ellos sobre su oficio, sin alterar sus palabras. Así, el volumen se integra con aforismos, frases, ideas relampagueantes, conceptos y los brotes de filosofía súbita de unos seres atormentados, complejos y con-

vulsos, que narran los sinsabores de su existencia, pero principalmente las dudas que los aquejan durante el proceso de la creación. Quienes escribieron estos fragmentos son en su mayoría de origen europeo, aunque también se cuelan en el volumen algunos norteamericanos, el argentino Adolfo Bioy Casares; Juan Carlos Onetti, de origen uruguayo; los mexicanos Alfonso Reyes y Amado Nervo; el escritor japonés Yukio Mishima, así como la ucranianobrasileña Clarice Lispector. Si bien el lugar de nacimiento marcó ciertos aspectos fundamentales de la existencia de estos creadores, su vínculo común es la literatura, ámbito donde todos se unen como si acoplaran sus voces en un coro —quizás un tanto esquizofrénico— para expresar su relación con el mundo que los rodea.

Durante la lectura de *Gajes del oficio...* no pude evitar creer que tenía ante mí a este conjunto completo de escritores relatándome sus preocupaciones con respecto a diversos temas, e imaginé que todos ellos se habían dado cita en una suerte de encuentro de diversas generaciones para conversar entre ellos sobre cuestiones clave del tema de la creación. Siguiendo esta premisa, la selección de Delia Juárez nos sienta en el círculo donde se reúne este grupo que integra todos los géneros literarios, donde conviven escritores nacidos en los siglos xix y xx —salvo Percy Bysshe Shelley (1792) y Johann Wolfgang von Goethe (1749). Estos personajes dialogan, se confrontan, polemizan, coinciden por momentos, y a través de su palabra y su pensamiento los lectores nos sumergimos en la personalidad de cada uno de ellos.

Hay varias ideas que se repiten en casi todos los textos. Es evidente la preocupación de los autores por explicarse los secretos del

oficio, así como el papel de la crítica en la obra de cada uno. Irónicos, nostálgicos, seguros de sí, descobijados, atormentados..., a lo largo de estas páginas encontramos a seres compuestos por distintas materias espirituales. De este modo, consignamos que *la observación atenta del otro* nos abre la posibilidad de plantear realidades ajenas a nosotros mismos.

Un tema al que recurre la mayoría de los autores, y le dedica unas líneas, es el que se refiere al papel del crítico dentro de la literatura. En varios de los casos, el crítico literario está representado como un ser cuadrado, incapaz de otorgar mayor aportación a la creación de los escritores. En este tenor, Hemingway nos dice: “La crítica es otro hilo conductor que unos valoran y otros no”. Mientras Pierre Drieu la Rochelle sentencia: “La crítica se encuentra en franca decadencia, ya que el juicio de la posteridad no está hecho por los críticos”. Y Antonio Machado: “El crítico está obligado a señalar el fracaso con relación al propósito del artista, y está obligado a descubrirlo. Cuando ni por casualidad acierta a señalarlo, es el crítico quien fracasa”. Sylvia Plath, por su parte, se queja: “Pa rece que vivimos una era de críticos demasiado agudos que no hacen más que lamentarse de que no se publique nada digno de su atención crítica”. El escritor Henry Miller fustiga: “La crítica honrada nada significa: lo que uno desea es pasión desenfundada, que el fuego conteste con fuego”. El autor de *Madame Bovary* ironiza: “¡Qué triste ocupación, la crítica, ya que un hombre de ese temple no da semejante ejemplo! ¡Pero es tan agradable hacerse el pedagogo, responder a los demás, enseñar a la gente su oficio!”. Ezra Pound describe: “La crítica ni limita ni prohíbe. Sólo proporciona puntos de partida. Lo poco que

hay en ella de valor se encuentra por lo general en frases aisladas”. Raymond Chandler sugiere: “La crítica debe de crear un mundo racional en el que sus lectores puedan entrar con los ojos vendados y encontrar su camino a la silla junto al fuego sin raspase las canillas con el inesperado escobillón”. El poeta español Juan Ramón Jiménez, medurado como siempre, dice: “Es claro que el crítico, por muy clarividente que sea, no puede ser siempre justo, como que no puede abarcar, a veces por desconocimiento fatal, una circunstancia importante, los aspectos más fundamentales quizá del criticado”. Y por último, el grandioso William Faulkner dictamina: “Los que quieren ser escritores no leen las críticas, los que quieren escribir no tienen tiempo para leerlas”.

Las frases anteriores nos indican que, si bien los creadores pretenden despreciar, o por lo menos ignorar, la labor de los críticos literarios, la existencia de una constante “mirada especializada” sobre su obra es, a la larga, una preocupación vital, un problema complejo que los hace reflexionar y escribir al respecto. Esta situación nos da, asimismo, la pauta para señalar que cualquier escritor está consciente de que el crítico siempre será su primer lector, o por lo menos el más visible, por lo que quizá concibe cada uno de sus textos bajo su presión pertinaz.

Además de “la mirada del otro”, casi todos los creadores reunidos por Delia Juárez coinciden en sus meditaciones alrededor de la materia prima de la escritura: el lenguaje, las palabras, instrumentos a los que observan como si se tratara de seres vivos, silvestres, algo salvajes, a los que es preciso domesticar para convertirlos en destellos de belleza. Sobre este capítulo, Bertolt Brecht asienta que: “Las palabras tienen su propio espíritu. Las hay glotonas, vanidosas, astutas, congotudas y ordinarias”, en tanto José Lezama Lima, intentando mostrar una parquedad muy distinta a la que se advierte en su obra, afirma que: “En general, un sustantivo y un adjetivo bastan”. Joyce, como era de esperarse, se comporta más deferente: “Las palabras que leemos en la literatura de nuestro idioma son heredadas, palabras venerables, pero no debemos manejarlas a la ligera, sino que merecen de antemano nuestro respeto”. Nuestro Alfonso Reyes es más

evocativo, más poético: “Hay horas en que las palabras se alejan, dejando en su lugar unas sombras que las imitan. Los rumores a rículados acuden a beber un poco de vida, y se agarran a nuestra pulpa espiritual con voracidad de sanguijuelas”. El siempre atormentado Yukio Mishima nos abre su intimidad: “Anduve arrastrándome sobre la tierra con dos tendencias contradictorias: una fue mi determinación de avanzar siendo fiel a la función como si va de las palabras, y hacer de esto el oficio de mi vida; la otra fue mi deseo de encontrar la realidad en algún lado donde las palabras no desempeñaran ningún papel”. Por su parte, el inmenso Pablo Neruda les declara abiertamente su amor: “Las palabras son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema. Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas”. Luis Cernuda es desconfiado con ellas: “Las palabras están vivas, y por lo tanto traicionan: lo que expresan hoy como verdadero y puro, mañana es falso y está muerto”. Cesare Pavese las siente ajenas: “Las palabras son cosas tiernas, intratables, y vivas, pero están hechas para el hombre y no el hombre para ellas”. Y Eugène Ionesco despótica: “La palabra no muestra. La palabra parlotea. La palabra es literaria. La palabra es una fuga. La palabra impide que hable el silencio. La palabra ensordece. En lugar de ser acción, consuela como puede de no actuar. La palabra gasta el pensamiento. Lo deteriora. El silencio es oro. La garantía de la palabra debe de ser el silencio”.

La función de los críticos, la dureza o plasticidad de las palabras. No es extraño que en una reunión de escritores éstos sean los temas principales: cómo es la recepción de mi obra y cómo domino —o me domina— la materia que conforma mis textos. Los principales, mas no los únicos, por supuesto: en los diversos textos de *Gajes del oficio...* también se habla, se discute, sobre la originalidad como valor literario, sobre las principales influencias, se mencionan libros admirados —casi todos colocan en el centro de su canon personal *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes— o iconos dentro del



oficio —Haubert es el escritor más citado—, se aborda el tema de la libertad del escritor, y el de la necesidad, o no, de publicar lo escrito. Ciertos autores afirman que hay dos seres dentro de ellos: el hombre y el escritor, y establecen las diferencias entre uno y otro, a veces irreconciliables.

A lo largo de estas páginas resalta la mirada penetrante de la editora —y en algunos casos, como en los textos de Arthur Miller, Isaac Bashevis Singer y William Somerset Maugham, también traductora— quien, como la moderadora en un panel, encauza la discusión, plantea preguntas tácitas y anima a los participantes a responderlas exponiendo sus pensamientos más íntimos. El resultado es *Gajes del oficio. La pasión de escribir*, una lluvia de ideas profundas y transparentes sobre la escritura a las que los lectores deberíamos volver una y otra vez con el fin de nutrir nuestro propio trabajo, guiar nuestra vida y compararnos con quienes han recorrido este camino antes que nosotros, abriendo múltiples rutas e iluminándolas con sus pensamientos. Un libro cuyo sitio permanente debería ser el buró o la cabecera de todo aquel que pretenda adentrarse en el mundo de la creación literaria; para mí será así. **U**

Delia Juárez G., selección y edición, *Gajes del oficio. La pasión de escribir*, Ediciones Cal y Arena, México, 2007, 449 pp.